

# Luis Veuillot con motivo de su centenario

## GRATITUD...

Antes de que mi pluma os diga nada, quiero dejar al corazón que hable..... ¡El corazón nunca miente! No entiende de etiquetas ni cortesías: dice lo que siente, con franqueza, con la ruda franqueza campesina.

Y el corazón me está diciendo que a todos os dé las gracias más cariñosas..... ¡A todos!

Yo no esperaba, no podía esperar, tener una acogida tan amable como la que me ha dispensado esta veterana Revista.

Y al mandar mi primer artículo — pobre semblanza de la vida del eximio Regoyos — dudaba de la suerte que correrían aquellas humildes cuartillas mías..... Estoy tan acostumbrado a las ingratitudes que a fuerza de sentir las había llegado a creer en la imposibilidad de encontrar un alma que se apiadara de mí.

El Cielo ha querido que al empezar mi marcha por esta nueva senda de la misteriosa vida literaria, tropezara con un amigo de tan nobles sentimientos como Adrián de Loyarte.....

Si de antiguo le había yo regalado mi admiración, por su labor en la prensa y en el libro, calculad ahora los quilates de mi cariño y la lealtad de mi gratitud.....

Vaya para el autor de «Pinceladas de Baskonia», mi abrazo más apretado con la seguridad de una amistad inquebrantable.

Para EUSKAL-ERRIA, para los que en estas columnas ponen, con la galanura de su pluma, una nota briosa de idealismo — del puro idealismo que tanto alienta y vivifica—para todos, hermanos ya, que en mi hermandad os cuento, mi saludo más efusivo.....

Ya estoy tranquilo: he cumplido con mi deber.

Perdonadme..... Mi corazón ha dicho al oído estas palabras, que no he podido dejar de copiar, porque al corazón no se le engaña.....

IÑIGO DE ANDÍA

**F**INABA el año 1813 —era 11 de Octubre—; en Boynes vino a la vida, a una vida sin esperanzas de un riente porvenir, Luis Veuillot. En torno de su cuna pobre no había promesas de bienandanza: corrieron sus primeros años y esa miseria, lejos de disiparse, aumentaba, aumentaba.....

Y aquí empieza lo admirable; lo que podíamos llamar: el poder de una voluntad. Mientras sus padres marchan a París, a luchar por la existencia, él queda en Boynes al lado de sus abuelitos..... Asiste a la escuela: bien pronto se deja ver su desmedido afán al estudio; en seguida su inteligencia se destaca sobre las de sus compañeros. Pero, vueltos sus padres de París, donde fracasaron, aturdidos, necesitaban del trabajo de su hijo para poder, con las monedas que Luis ganara, hacer frente a su pobreza. Y se colocó de escribiente—pues tenía muy bue-

na letra— en el bufete de un abogado: ganaba veinte francos al mes. Luis Veuillot consiguió hacerse querer de su amo; su sueldo era ya de treinta francos. Pero en la cabecita de aquel escribiente había ilusiones, nobles ansias de llegar muy alto..... Su pasión por la lectura iba en aumento, hasta tanto que, fuera de horas hacía copias y trabajos extraordinarios, empleando, lo poco que por ello le dieran, en comprar libros: así fué formando su pequeña biblioteca cuando aun no tenía quince años. Mas su afán por instruirse no acababa ahí: «se escapaba a la Sorbona para oír las explicaciones de Cousin, de Villemain o Guizot, que entonces gozaban de gran fama como escritores, oradores, etc.

En estas correrías en busca del saber, en estas andanzas y escapatorias, conoció a muchas personas de consideración en el mundo literario: discutía con ellas; comentaba las explicaciones oídas y como los conocimientos de Luis iban agrandándose rápidamente, en especial los referentes a los clásicos y los históricos, pronto vió Veuillot que sus amistades se hacían más íntimas, más cordiales. Claro que esas relaciones se debían única y exclusivamente a sus méritos, a su talento, pues Luis Veuillot seguía luchando de continuo con la pobreza. Otro que no hubiera tenido tanta fe y entusiasmo en su ideal, sucumbiera sin remedio, ante ese gesto desairado de la Fortuna..... Veuillot puso toda su vida en su empresa: sin nadie que le dirigiera él mismo se educaba, él mismo iba cultivando su inteligencia, preparando su pluma..... ¡Él mismo se hizo hombre! Sin ejecutorias en su apellido, sin influencias ni recomendaciones, Veuillot, con los títulos de su saber y la fortaleza de su voluntad, consiguió grandes amistades.

Era 1830 —cuando la Revolución sacudió sus furias— y el director de *Le Figaro*, conocedor de la valía de Veuillot, le pidió un artículo para el periódico. Tenía entonces diez y siete años.

Poco después le ofrecieron la dirección de un diario provinciano— *Echo de Rouen*—. ¡Calculad su alegría! Tal vez fuera ésta su primera sonrisa..... ¡Ser director de un periódico a los diez y ocho años escasos! ¡Con qué íntima satisfacción tomaría posesión de su cargo!.....

Su juventud le dió arrestos; sus años pasados en constante estrechez y penuria le hicieron agresivo. Con estas armas —fogosidad y una mordaz ironía— su campaña en *Echo de Rouen* fué decisiva para Veuillot. Sus artículos se leían y se comentaban: unos le defendían con tesón, otros le combatían sin tregua: tenía grandes amores y gran-

des odios; por tanto, amigos incondicionales y enemigos formidables. Con estos últimos luchó en el llamado campo del honor, teniendo en poquisimo tiempo tres duelos. Así rápidamente se iba ensanchando el circulo de sus amistades.

Luis Veuillot seguía soñando. Es el eterno más, más, del insaciable..... Su gran amigo Gustavo Ollivier le ayuda con su protección: Veuillot y Ollivier son, más que amigos, hermanos..... Juntos los vemos en la Sorbona; allí nació su cariño: juntos cuando haya una alegría o una tristeza que compartir; juntos siempre en su marcha por la vida..... En Roma, hemos de volver a encontrarlos.

Por eso, ahora que Gustavo ha escrito a Luis diciéndole que ya es cristiano, Veuillot —sin preocupaciones religiosas, escéptico— corre al lado de Ollivier. ¿Qué le habrá ocurrido? —piensa. Y en su marcha a la morada de Ollivier va meditando en la farsa de la sociedad y en la mentira de la política, que tan bien conoce: va pensando en la rapidez con que todo pasa, sin dejar huella..... ¿No habrá nada firme, estable? ¿Será todo tan fugaz?.....

Al abrazar a Gustavo y oír la historia de su conversión goza con la dicha de su amigo, pero no la comprende porque nada sabe de la existencia de alegrías celestiales.....

Empujado por su voluntad en sus deseos de llegar arriba, muy alto, dejó la provincia pequeña para sus triunfos y entró en París en 1836.

Ya es redactor jefe de *La Paix!* Y, sin embargo, su ideal va pali-deciendo, sus entusiasmos disminuyen, la pluma carece de fe.....

Empieza Veuillot a dudar y esto es mucho en quien antes no creía en nada..... Ahora piensa si no será necesario aplicar sus entusiasmos y servicios en algo digno, algo que no cambie, que sea duradero y que traiga a sus adentros tranquilidades y sensaciones de placidez no sentidas..... ¿Dónde estará ese ideal?

(Continuará.)

IÑIGO DE ANDÍA

